ello, lo que no pudo realizarse por los vaivenes de la política ambiciosa de los líderes del continente.

Coincidió con la misma idea con el Presidente Roosevelt, quien sí pudo llevar la idea á cabo en la última conferencia de Lima y echó los cimientos de la futura unión de sus naciones.

Como decía yo antes, la riqueza de esta perla, la hará muy codiciada por los que desearían hacerse de ella para sus fines de conquista.

Lástima es que hoy veamos en los cables del día que las naciones Suramericanas, la Argentina, Chile y Brasil y sus satélites Paraguay y Uruguay no quieran asistir a la conferencia de Ministros de Relaciones Exteriores que se iba a celebrar en julio en La Habana.

Parece que fueran los celos y desconfianzas de nuestra raza española que nunca podrá llegar a nada por nuestro sistema individualista, enemigos de colaborar como las razas anglo-sajonas, conjuntamente por medio del colectivismo que es la manera de triunfar contra todos los obstáculos.

Con este sistema de egoísmos y desconfianza lo que hacemos es señalarle el camino al enemigo para que nos ataque y nos venza antes de combatirnos.

El mismo Libertador que antes citamos murió en el destierro desencantado del porvenir que soñó glorioso para los países que él formó a tanta costa, para verlos luego desgarrándose en rivalidades sangrientas que todavía duran, si no tan horrorosas como lo fueron, si tan nefastas y contrarias al progreso y tan lejanas del camino de la seguridad y de la civilización.

Hasta el gran filósofo y literato León Tolstoy, desde el fondo de Rusia se ocupaba de la América Española y dice en uno de sus libros que estos pueblos de habla española son inteligentes y bravos; pero que el carácter de su individualismo los pierde, que es una fortuna para ellos tener a su lado el coloso anglosajón de espíritu colectivista, que ya los ha salvado en otras oportunidades y lo hará en cualquier amenaza del porvenir.

Ejemplo en la misma República Argentina, Rosas el tirano nefasto no cayó sino por la intervención de las naciones de Europa para curarle de sus desatinos.

ADÁN SABORÍO

Tegucigalpa

Por MARCOS CARÍAS REYES

¡Madre ciudad que duermes tus sueños heroicos a la sombra propicia de tus montañas! Nido de piedra que escondes en el embrujado recogimiento de tu seno, el hierro de la virilidad nativa, el oro del espíritu prócer y la pátina de las edades que se fugaron hacia el olvido. Joyel de la naturaleza, donde se volcaron abundantes las sugerencias, más honda la emoción y más espontáneo el asombro, por ese atrevimiento y esa originalidad con que se ofrecen. Recinto amurallado donde las enormes moles de tus cerros enhiestos velan eternamente, guardianes de tu

indomada altivez. ¡Madre ciudad augusta, muelle, pétrea, huraña y libre! Mi cariño evoca tu niñez remota, sintiendo arder en las venas la sangre de los bisabuelos autóctonos y la osadía de los primitivos gambusinos; repercute en mis oídos el golpe del pico que rompió tu roca virgen y pienso en aquella áurea desfloración; veo llegar a los hombres blancos, posesos de la sed que atormenta al rebaño, en todas las edades. Acuden a ti y te entregas. Se abren claros en la selva obscura, se insinúan vacíos en el pinar compacto, se perciben heridas en la secular cantera, se alzan humos hacia el cielo azul. Escalando alturas, salvando torrentes, abriendo caminos, unos seres audaces han llegado al corazón del istmo. Al herirlo, brotó su sangre en manantiales de oro. Y ya está, en la niebla del pasado, el Real de Minas de San Miguel de Tegucigalpa.

Pequeñita ciudad antañona, de brujas consejas y hospitalarios aleros, de románticas rejas y de argentinos maitines; de graves ediles y de pacientes serenos. Pequeñita ciudad que te pierdes para siempre en la nueva argamasa que forjan los biznietos de tus moradores para la metrópoli del futuro; y que apenas vives, con vacilante fulgor poético, en la evocación de quienes pensamos en ti. ¡Pequeñita ciudad antañona, yo te amo! Quiero que me hables, que me digas tus secretos, que abras la cancela perfumada de tus historias románticas, que me asustes con tus relatos de abracadabra, que hagas desfilar ante mis ojos, ante mis ojos ahitos de modernismo tus hidalgos y tus infanzones, tus frailes y tus plebeyos, tus consejales y tus comadres; que la Catedral y San Francisco y la Merced abran sus puertas y en el atrio susurren las crinolinas y los rosarios; que la campana del Ayuntamiento deje oír su voz augusta y vaya hacia el "cabildo abierto", ceñudo y torvo, acariciando la idea de erigir picotas, don Tranquilino de la Rosa; que en un ángulo obscuro de la plaza, cabe a un postigo florido de esa mansión señorial, que tiene un patio con limoneros y una fuente, digan dos aceradas tizonas sus poemas de chispas; que las crónicas de la Corte traigan el relato de las aventuras galantes y la narración escalofriante del último abordaje de los piratas a la flota de galeones cargados con el oro de las Indias Occidentales, que en la sala amplia y señorial, mientras la niña de la casa suspira pensando en el novio, o soñando con un vizconde, en tanto ensaya gavotas rítmicas en el clavicordio, los graves consejales de gorguera hablen de la Audiencia de los Confines. ¡Querida y lejana y perdida ciudad antañona ... cuánto ansía mi corazón resucitarte siquiera unos minutos ...!

¡Madre Tegucigalpa! Yo me he sumergido en tus misteriosas cisternas de ensueño, cuando cesa todo ruido y se oye palpitar más fuerte en las venas la sangre del ancestro. Cuando todo calla, cuando todo duerme, mientras el lejano fulgor de las constelaciones iluminaba tu cielo; quieta, recogida en el silencio, confiada, llena de sombras y luces, yo te he admirado, yo te he sentido, yo te he amado. Pretendí violar el secreto de tus muros, donde se petrificaron las edades y respondieron a mis interrogaciones, llenas de anhelos y temblorosas de devoción, tu Catedral y tus callejas solitarias; tus recodos inquietantes y tus piedras y tus aleros. Dormida en la noche y el misterio como Brujas de las aguas muertas, que amaba Rodenbach ...

¡Y te he visto también, te he gozado, soberbio nido de piedra para águilas caudales, en la suprema apoteosis de tus colores, en el paroxismo de tu sol, de tus montañas, de tus pinares, de tu río, de tus verjeles! Desde la atalaya granítica del Picacho has sido mía, toda entera, con tu campiña ebria de matices y de trinos, con tu crestería agresiva, con tus senderos tremendamente caprichosos; has sido mía desde el campanario de Santa Lucía, cuya iglesia guarda el Cristo negro que deseó ver Felipe II, el maniático y taciturno monarca desde la ventana del Escorial, hasta el Cerro de Hule, de donde te descubrió el poeta, toda blanca y señorial. Has sido mía, ciudad magna y heroica; ciudad patricia que enseñaste a amar la libertad cuando aun imperaba el oscurantismo; que pariste el genio; que has sido siempre altiva y soberbia hasta en los raptos de homicida locura, cuando son más pródigas las vendimias de la muerte.

¡Salve madre ciudad augusta, muelle, pétrea, huraña y libre!

Del libro *Prosas Fugaces.*

Panorama de la literatura costarricense

Rogelio Sotela, abogado, poeta y literato costarricense, miembro correspondiente de la Academia Española y de otras instituciones intelectuales escribe.

En una hojeada de la Literatura costarricense, por rápida que sea, no debe omitirse el informe de la influencia decisiva y valiosa que animó a los hombres de la primera generación literaria nuestra, que nacieron hacia 1860. Consistió esa influencia en la llegada a Costa Rica de dos hombres ilustres que hicieron sentir en el país las huellas de su genio: Rubén Darío, el príncipe de la poesía hispana, y el doctor Antonio Zambrana, tribuno excelente, glorioso hijo de Cuba.

Vivieron ellos entre nosotros por el año 1891 y a su lado crecieron, felizmente, los principales cultivadores de las letras nacionales de la primera generación.

Preciosa coincidencia: ser los iniciadores de nuestra literatura, un gran patriota de Cuba y el primer poeta de América, como si se hubieran concertado ellos mismos para hacer brotar de nuestro suelo la armoniosa fuente de lo bello.

Vale anotar así esa aurora de la literatura costarricense, para que tan buenos auspicios sean siempre un estímulo y un aliento protector.

Literatura colonial no podemos ofrecer en un panorama de nuestra patria. Lo que se escribió en Costa Rica por aquel tiempo, tiene sólo carácter epistolar y consta en desgarbada prosa administrativa. Acaso, por un mérito descriptivo, hemos de citar el extenso informe de Diego de la Haya y Fernández acerca de la erupción del volcán Irazú y de sus estragos en 1723.